



Gil de Rais

III - LA EXPIACIÓN

Por el Dr. L. M.^a CALLIS

(conclusion)

Hemos dejado a Gil de Rais en el periodo cumbre de su desviación sexual; los crímenes por él cometidos son innumerables; bate un record de cantidad, de monstruosidad y de perversión.

Los plebeyos y villanos, entre los cuales se cuentan los padres de las que han sido sus víctimas, saben ya a ciencia cierta quién es el causante de su desgracia, mas... ¿Quién se atreve a acusar a tan alto y noble señor?

Los que todavía han escapado de sufrir una desgracia irreparable entre sus tiernos hijitos, huyen aterrorizados al paso del altivo carnicero de Tiffauges.

El Duque de Bretaña Juan V, en aras a las pingües ganancias que realiza a expensas de Gil de Rais, sacrifica, a sabiendas o no, la actuación de la Justicia.

De esta manera, temido por quienes odiándole le podían acusar, y mimado casi de quien le podía venir al castigo, transcurren lentamente las horas y los días del aborrecido barón.

El exceso de carne y sangre, ya ha hecho mella en su alterada personalidad psíquica, y da comienzo al ansia del «más allá», quiere sobrepujarse en la creación de nuevas torturas, pero todo ya está hecho, no cabe inventar ni hacer nada nuevo.

El remordimiento hace presa en él, se cree convertido en una bestia y se pasa noches aullando a la muerte como un perro; emprende carreras desenfrenadas por los pasillos de su castillo. Llorando, implora el perdón de Dios, funda un Orfelinato bajo la advocación de los Santos Inocentes, promete ir a Jerusalen mendigando pan... Vanas promesas: bruscamente cae en nuevos crímenes

Gil de Rais se encuentra nuevamente en una apurada situación económica. Para resolverla, vende su propiedad de San Esteban del Mar Muerto al caballero Guillermo de Ferron, súbdito, como él de Juan V, que delega a su hermano Juan de Ferron para que tome posesión, en su nombre, de la nueva propiedad.

Es el día de Pentecostés. El devoto pueblo de San Esteban ha acudido a la capilla del lugar a rezar los divinos Oficios. Allí se encuentra también Juan de Ferron. En plena misa, irrumpe en la nave del templo Gil de Rais, que, espada en mano, precede a doscientos hombres de su pequeño ejército. Trémulo de ira y en plena locura, llega hasta el altar, y ante el pobre sacerdote, aturdido por el sacrilegio que se está cometiendo, hace prisionero a Juan de Ferron, que es clérigo tonsurado, y amenaza con degollarle.

Se presenta ante el castillo de San Esteban, y por la fuerza ocupa la plaza, mientras su prisionero es llevado a Tiffauges y arrojado a un calabozo.

Este público insulto rerealizado a la Iglesia, ha sido la gota que hace derramar la paciencia de todos contra el orgulloso.

El obispo de la diócesis, Juan de Malestroit, noble personaje, de gran cordura, muy piadoso y caritativo, decide al Duque Juan V a tomar las armas contra el rebelde. Un ejército avanza hacia San Esteban, que es abandonado por Gil, quien se refugia en Machecoul, donde le siguen sus perseguidores. Otro ejército pone sitio a Tiffauges.

En un mes, tan sólo en un mes, se recogen tantas pruebas como son necesarias para condenar a Gil de Rais. El propio obispo en persona recoge datos y declaraciones de las víctimas. Por fin el 13 de septiembre de 1440 es lanzada la orden de arresto.

«Así, por las presentes cartas, os ordenamos a todos, y en particular a cada uno, que inmediatamente y de manera definitiva, sin contar uno con otro, sin encomendar a otro este cuidado, citéis ante nosotros o ante el previsor de nuestra iglesia catedral, para el lunes 19 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, a Gil, noble barón de Rais, sometido a nuestro poder y dependiente de nuestra jurisdicción, y por estas cartas, nos mismo le citamos a comparecer en nuestra barra, por tener que responder de los crímenes que pesan sobre él. Ejecutad, pues, estas órdenes, y hágalas ejecutar cada uno de vosotros.»

Y es al día siguiente, que en nombre del Duque, el capitán de armas Juan Labbé, y el notario Robin Guillaumet, en nombre del Obispo, escoltados por alguna tropa, se presentan ante el castillo de Machecoul dando lectura a la orden de detención, y, contra lo que era de esperar, Gil de Rais se rinde.

Se le carga de cadenas, así como a Prelatti. Sus otros dos secuaces Roger de Briqueville y Gil de Sillé, se han dado a la fuga.

Los dos representantes del poder recorren el castillo. Lo que encuentran, les llena de horror, son huesos, cenizas, ropas ensangrentadas... restos, que Prelatti no ha tenido tiempo de hacer desaparecer.

Rodeados de una atmósfera de odio y maldiciones, Gil, Prelatti y la totalidad de sus servidores son llevados a Nantes y encerrados en el Castillo de la Torre Nueva.

Gil de Rais, debe comparecer ante dos tribunales, uno civil y otro Eclesiástico.

El tribunal civil, fué presidido por Pedro del Hospital, concluyó sus tareas en cuarenta y ocho horas, finalizando por pronunciar la pena de muerte. Cabe decir que su actuación fué puro formalismo, ya que se inhibió completamente, limitándose a pronunciar la pena que la Iglesia no podía lanzar.